

Santo Tomás

(SAN AGUSTÍN, de cons. Evang., lib. 2, cap. 45.) El Evangelista refiere esto a continuación de la pasión de Juan; de donde resulta, que después de estas cosas se verificaron las que se refirieron arriba, y que movieron a Herodes a decir: "Éste es Juan". Se debe mirar como posterior lo que la fama llevó a oídos de Herodes (lo cual refiere San Lucas) y le hizo dudar, y le obligó a preguntar quién era ése de quien había oído tantas maravillas, habiendo él mismo quitado la vida a Juan.

(SAN JERÓNIMO.) Mas no se retiró a un lugar desierto por temor de que le quitaran la vida, como algunos se figuran, sino para perdonar a sus enemigos, no sea que añadiesen a un homicidio otro homicidio; o para diferir su muerte hasta el día de Pascua, día en que el cordero pascual era inmolado como figura, y las puertas de los fieles rociadas de sangre; o se retiró, para darnos ejemplo, de que no debemos exponernos con temeridad a la persecución, porque no todos los que se presentan a ella perseveran con la misma constancia. Por esta razón manda en otro lugar (Mat. 10): "Cuando os persiguieren en una ciudad, huid a otra"; la expresión del Evangelista es admirable; no dice: Huyó a un lugar desierto, sino se retiró, más bien por evitar que por temer a los perseguidores. Puede también haberse retirado a un desierto, después de saber la muerte de Juan, con el objeto de poner a prueba la fe de los fieles.

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, en la hom. 50, como arriba.) O también hizo esto, porque quiso hacer aun muchas cosas de una manera humana, no habiendo llegado aun el tiempo de descorrer el velo para descubrir su Divinidad. Y por esta razón, aunque Él sabía el acontecimiento antes de que se lo dijeran, no se retiró, hasta que se lo anunciaron, para de esta manera demostrar la verdad de su encarnación, y hacerla creer no sólo con palabras sino con obras. Y al retirarse no se fue a una ciudad, sino a un desierto, y en un barco para que nadie le siguiese; pero las gentes no le abandonan ni aun así, sino que le siguen, sin que les aterrara lo que había sucedido con Juan. Y por eso sigue: "Y habiéndolo oído las gentes le siguieron", etc.

(SAN JERÓNIMO.) Le siguieron las gentes a pie, no en caballerías ni en vehículos, sino afrontando los trabajos de una marcha a pie, a fin de manifestar el ardor de su alma.

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, en la hom. 50, como arriba.) Y por esta razón recibieron en seguida la recompensa; por eso sigue: "Y cuando salió, vio una grande multitud de gente, y tuvo de ellos compasión, y sanó los enfermos de ellos". Aunque era mucho el cariño de aquéllos que abandonaban las ciudades y le buscaban con ansiedad, sin embargo, lo que el Señor hizo en favor de ellos, excede a cuanto pudieron merecer; y por eso nos pone como causa de esas curaciones su misericordia; y es, en efecto, un rasgo de su grande misericordia el curar a todos sin exigirles la fe.

(SAN HILARIO, can. 14, Como arriba.) En sentido místico el Verbo de Dios, terminado el tiempo de la ley, visita la Iglesia embarcado, y se dirige hacia el desierto; porque abandonando la Judea, pasa a los corazones desiertos de los que no tenían conocimiento de Dios. Mas las gentes, al oír esto, siguen al Señor, desde la ciudad al desierto; es decir, se dirigen desde la sinagoga a la Iglesia, y al ver esto el Señor se mueve a piedad, y les cura todo abatimiento

y toda enfermedad; esto es, purifica, dándoles los principios de la nueva predicación, a sus almas abatidas y sus cuerpos que estaban desfallecidos por el letargo de la incredulidad. (SAN JERÓNIMO.) Mas las gentes abandonan sus ciudades, esto es, sus antiguas costumbres y sus diferentes creencias; y la salida de Jesús significa, que a pesar de que las gentes tenían deseos de ir a donde Él estaba, se encontraban sin fuerzas para llegar allí, y por esta razón el Salvador sale de su lugar y marcha al encuentro de ellos. Y venida la tarde se llegaron a Él sus discípulos y le dijeron: Desierto es este lugar y la hora ya pasada; despacha las gentes para que pasando a las aldeas se compren qué comer. Y les dijo Jesús: No tienen necesidad de irse; dadles vosotros de comer. Le respondieron: No tenemos aquí, sino cinco panes y dos peces. Jesús les dijo: Traédmelos aquí. Y habiendo mandado a la gente que se recostase sobre el heno, tomó los cinco panes y los dos peces, y alzando los ojos al cielo, bendijo y partió los panes, y los dio a los discípulos y los discípulos a las gentes. Y comieron todos y se saciaron. Y alzaron las sobras, doce cestos llenos de pedazos. Y el número de los que comieron fue cinco! mil hombres sin contar mujeres y niños. (Vs. 15-21.) (SAN JUAN CRISÓSTOMO, en la homilía 50, como arriba.) Lo que demuestra la fe del pueblo, es, que a pesar de sufrir las incomodidades del hambre aguardaban al Señor hasta la tarde; por eso sigue: "Y venida la tarde, se llegaron a El sus discípulos y le dijeron: Desierto es este lugar". El Señor esperaba para darles de comer el que se lo suplicaran, para darnos a entender que no hace Él primero los milagros, sino después que ha sido llamado: y por esta razón no se le acerca ninguno de la multitud, le respetaban demasiado, y su presencia les hacía olvidar los estímulos del hambre. Ni al acercarse los discípulos dijeron: dadles de comer (porque aun no estaban dispuestos con toda perfección) sino que le dicen: "Desierto es este lugar". Porque parecía a los judíos como un milagro en el desierto, cuando ellos dijeron (salm. 77): "¿Acaso puede preparar una mesa en el desierto?" Esto es lo que opera Jesús: Él los lleva al desierto, a fin de que no puedan dudar del milagro, y ninguno pueda creer que se había traído la comida de algún castillo vecino. Pero aun cuando esté desierto el lugar, sin embargo, está presente el que alimenta al mundo; y si ha pasado la hora de comer, como le dicen, sin embargo, Él que no está sujeto a hora, les habla. Y aunque previniendo el Señor a sus discípulos, curó muchos enfermos; sin embargo, eran entonces tan imperfectos los discípulos, que no podían comprender cómo iba a dar de comer a tanta gente con tan pocos panes; por eso dicen: "Despacha la gente", etc. Mirad la sagacidad del Maestro: no les dijo en seguida: Yo les daré de comer (porque ni aun esto hubieran creído fácilmente) sino que se añade: "Y les dijo Jesús: no tienen necesidad de irse: dadles vosotros de comer". (SAN JERÓNIMO.) Él incita a los apóstoles a que partan el pan, a fin de hacer más patente a aquéllos, que atestiguaban que no tenían qué comer, la grandeza del milagro. (SAN AGUSTÍN, de cons. Evang., lib. 2, cap. 46.) Mas se puede hacer aquí esta objeción: si el Señor, según la narración de Juan (cap. 6), después de mirar a la multitud preguntó a Filipo la manera de alimentarla, ¿cómo puede ser verdad lo que sobre esto refiere San Mateo, que los discípulos dijeron primero al Señor que despachara la gente a fin de que pudiesen comprar sus

alimentos en los lugares vecinos? Debe entenderse esto en el sentido de que el Señor después de esas palabras miró a la multitud, y dijo a Filipo lo que refiere Juan pero que omiten Mateo y otros; y no debe nadie inquietarse ni mirar como una dificultad el que un Evangelista refiera lo que otro pasa en silencio.

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, en la homilía 50, como arriba.) Las palabras anteriores no dieron más acierto a los discípulos, que aun hablan al Señor como a un hombre; por eso sigue: "Le respondieron: No tenemos aquí, sino cinco panes", etc. Vemos por estas palabras la cordura de los discípulos, que les hace despreciar la comida; porque siendo ellos doce, tenían cinco panes y dos peces. Miraban, efectivamente, con desprecio las cosas materiales, y estaban poseídos de las espirituales. Pero como aún eran sus pensamientos terrenales, el Señor principia a enseñarles lo que era propio de su poder; por eso sigue: "Jesús les dijo: traédmelos aquí", etc. ¿Por qué para alimentar a la multitud no saca los panes de la nada? Sin duda para cerrar la boca a Marción y a los Maniqueos, que miran a las criaturas como cosas extrañas a Dios, y para manifestar por sus obras, que todo lo visible es obra y creación suya, y hacernos ver de este modo, que Él es el que da los frutos, y el que dijo al principio del mundo (Gen. 1) : "Que la tierra germine hierba verde"; porque no es menor obra que ésta la que ahora va a hacer: porque indudablemente no es operación más pequeña el alimentar con cinco panes y dos peces a tan numerosa multitud, que el hacer que la tierra produzca frutos, y las aguas reptiles y otros seres animados: todo lo cual nos prueba, que Él es Señor de la tierra y del mar. El ejemplo de los discípulos debe enseñarnos, que aunque sea poco lo que poseamos, conviene que lo distribuyamos entre los necesitados; porque al mandar el Señor a sus discípulos que trajeran los cinco panes, no dicen éstos: Y nosotros, ¿con qué apagaremos nuestra hambre? Y por eso sigue: "Y habiendo mandado a la gente que se recostase sobre el heno, tomó los cinco panes y los dos peces, y alzando los ojos al cielo, bendijo", etc. ¿Y por qué alzó los ojos al cielo y bendijo? Porque quiso hacernos ver, que Él venía del Padre y era igual a Él; demostraba que era igual al Padre, por el poder, y que venía del Padre, refiriéndolo todo a Él e invocándole en todas sus obras. Y para demostrar las dos cosas, unas veces obra con poder y otras con súplicas, los milagros. Es de advertir, que para las cosas pequeñas alza los ojos al cielo, y en las cosas mayores obra con su poder; así cuando perdonó pecados, resucitó muertos, dio vista a ciegos de nacimiento, (obras todas propias de Dios), no lo hizo con súplicas; pero en la multiplicación de los panes (obra menor que todas las anteriores) alzó los ojos al cielo, a fin de enseñarnos, que su poder, aun en las cosas pequeñas, le viene únicamente del Padre. También nos enseña, que antes de ponernos a comer debemos dar gracias a Dios, que nos da la comida, y por esta razón levantó los ojos al cielo; los discípulos tenían ejemplos de otra multitud de milagros, pero de éste no tenían ninguno. (SAN JERÓNIMO) Al partir el Señor el pan, se realiza la multiplicación, porque si hubieran estado enteros, y no los hubiera partido en pedazos, ni dividido en múltiple siega, no hubieran podido alimentar a una multitud tan grande. Mas las gentes reciben del Señor, por manos de los Apóstoles, los alimentos; y por esta razón sigue: "Y los dio a los discípulos". (SAN JUAN CRISÓSTOMO, en la hora. 50, como arriba.) En lo cual, no sólo honró el Señor a sus discípulos, sino que quiso, que a la vista de este

milagro, no fueran incrédulos y que no lo olvidaran, aun después de verificado, puesto que tenían por testigos de él a sus mismas manos. Y por tanto deja que las gentes sientan, primeramente, la necesidad del hambre, se le acerquen sus discípulos y le pregunten; y recibió los panes de sus mismas manos, para que fuesen muchas las pruebas del milagro que hacía, y tuviesen muchos motivos para recordarlo; y no les dio más que los panes y los peces, y de todo esto hizo participar a todos igualmente, para enseñarnos la humildad, la economía y la caridad, que mira todas las cosas como comunes a todos; lo cual enseñó también por medio del lugar, al hacerlos recostar sobre el heno, porque no quería alimentar sólo a los cuerpos, sino también al alma. Y los panes y los peces aumentaban en las manos de los discípulos; por eso sigue: "Y comieron todos", etcétera. Mas no consistió en esto solo el milagro, sino que hizo que sobraran no panes, sino pedazos de pan, a fin de hacer ver que estos restos eran de los panes, que debían anunciar a los ausentes la realidad del milagro, y convencer a todos de que no era una quimera este prodigio; por eso sigue: "Y alzaron las sobras, doce cestos llenos de pedazos". (SAN JERÓNIMO.) Cada uno de los Apóstoles llenó un cesto con las sobras que quedaron del milagro del Salvador, con el objeto de hacer ver por las sobras, que realmente eran panes los que fueron multiplicados. (SAN JUAN CRISÓSTOMO, en la hom. 50, como arriba.) E hizo que sobraran doce cestos, para que Judas se llevase también el suyo. Entregó los fragmentos sobrantes a los discípulos, y no a las gentes, porque las disposiciones de éstas eran aun más imperfectas que las de los discípulos. (SAN JERÓNIMO.) Los panes eran cinco, y los convidados cinco mil; per eso sigue: "Y el número de los que comieron fué cinco mil, sin contar las mujeres y los niños". (SAN JUAN CRISÓSTOMO, como arriba.) La mayor gloria del pueblo fue el que estuvieran presentes, cuando quedaron estas sobras, las mujeres y los hombres. (SAN HILARIO, can. 14, in Mat.) No fueron multiplicados los cinco panes en multitud de panes, sino que se sucedieron los pedazos a los pedazos. Fue la materia del pan la que aumentó, pero ignoro si lo fue en el lugar que servía de mesa, o en las mismas manos de los convidados. (SAN JERÓNIMO.) Todas estas cosas están llenas de misterios: el Señor hizo este milagro, no por la mañana, ni al mediodía, sino por la tarde, cuando murió el sol de justicia. (SAN HILARIO, can. 14, como arriba.) Pero les respondió el Señor: "No tienen necesidad de marcharse"; manifestando de esta manera, que no tenían necesidad aquéllos, a quienes había curado, ni de alimentarse de una comida venal, ni de volver a la Judea para comprarla; y manda a los Apóstoles, que les den de comer. Mas ¿ignoraba acaso, que no había cosa alguna- que se les pudiese dar? Pero todo esto debía tener una aplicación típica: los Apóstoles no habían recibido aun el don de confeccionar el pan del cielo y distribuirlo; y su respuesta debe entenderse completamente en un sentido espiritual: ellos no tenían para alimentarse más que cinco panes, es decir, los cinco libros de la ley, y dos peces, esto es, las predicaciones de los profetas y de Juan. (SAN HILARIO, can. 14, como arriba.) Los Apóstoles, pues, ofrecieron primeramente estas cosas en que aun estaban, pero de ellas nació la

predicación del Evangelio con la mayor abundancia de su virtud. Después de esto, hace sentar al pueblo, que ya no está arrojado en tierra, sino apoyado en la ley, sobre el heno, y, así como la tierra es alfombrada con el heno, cada uno se recuesta sobre los frutos de su obra como sobre una alfombra. (SAN JERÓNIMO.) O también los manda sentar sobre el heno, y según otro Evangelista (Mar. 6), en grupos de cincuenta y ciento, a fin de que, después de haber pisado su carne y los placeres del mundo, como si fueran heno seco, ascendieran por la penitencia desde el número cincuenta al de ciento. Y mira al cielo para enseñarles a dónde deben dirigir sus ojos. Parte la ley y los profetas, y les pone delante sus misterios, a fin de que lo que no les alimentaba cuando estaba entero, alimente dividido en partes a multitud de gentes.

(SAN HILARIO, can. 14, como arriba.) Y se entregan los panes a los Apóstoles, porque mediante ellos debían de ser dados los dones de la gracia divina. El número de los convidados, es el de los futuros creyentes. Porque se dice en el libro de los Actos de los Apóstoles (cap. 4), que del gran número del pueblo de Israel, que se hallaba presente, sólo creyeron cinco mil hombres.

(SAN JERÓNIMO.) Mas comieron cinco mil hombres, que habían llegado a la edad madura; y las mujeres y los niños, el sexo débil y los pequeños no eran dignos de ser contados en este número, por eso en el libro de los Números no se cuentan los siervos, las mujeres, los niños y el pueblo bajo.

(Santo Tomás de Aquino, Catena Aurea, tomo V, Cursos de Cultura Católica, Buenos Aires, 1946, pp. 39- 44)